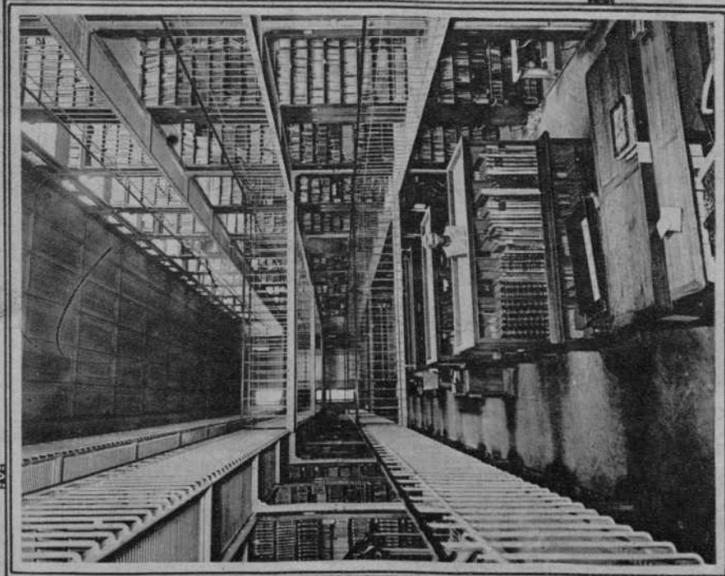


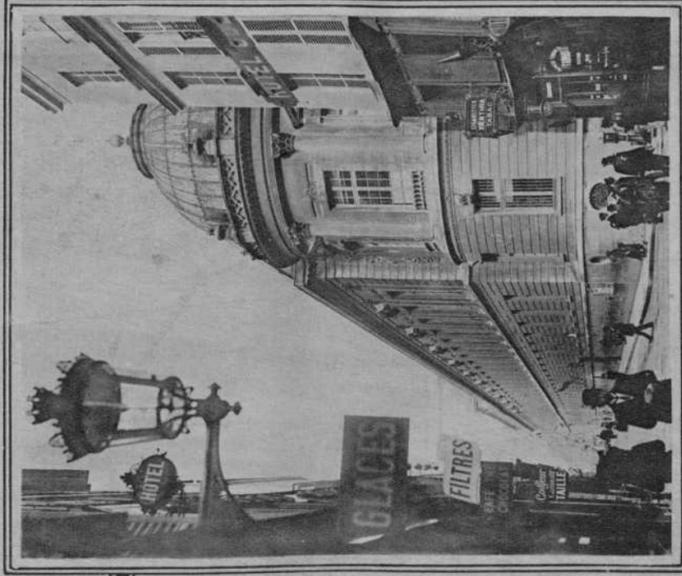
El segundo centenario de la Biblioteca Nacional de París que encierra grandes tesoros históricos se celebra en este mes de febrero.



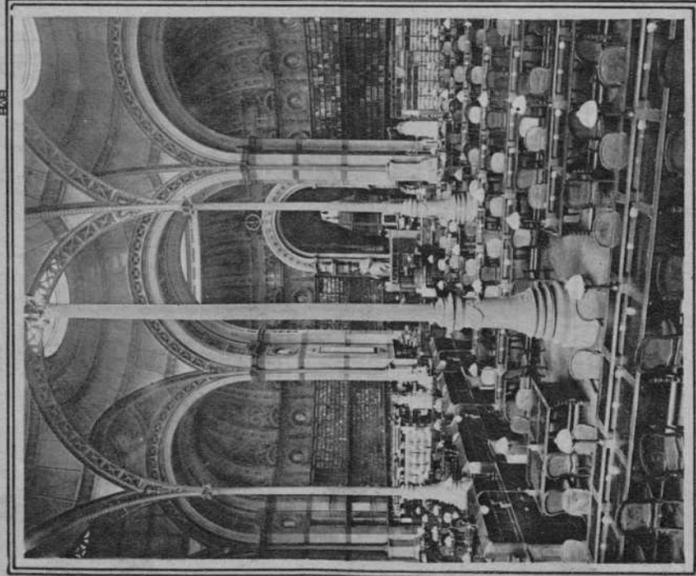
El Cardenal Mazarino, fundador de la Biblioteca.



Vasta dependencia en que se guardan inapreciables manuscritos.



Aspecto de la fachada de la Rue Richelieu.



Sala de lectura.

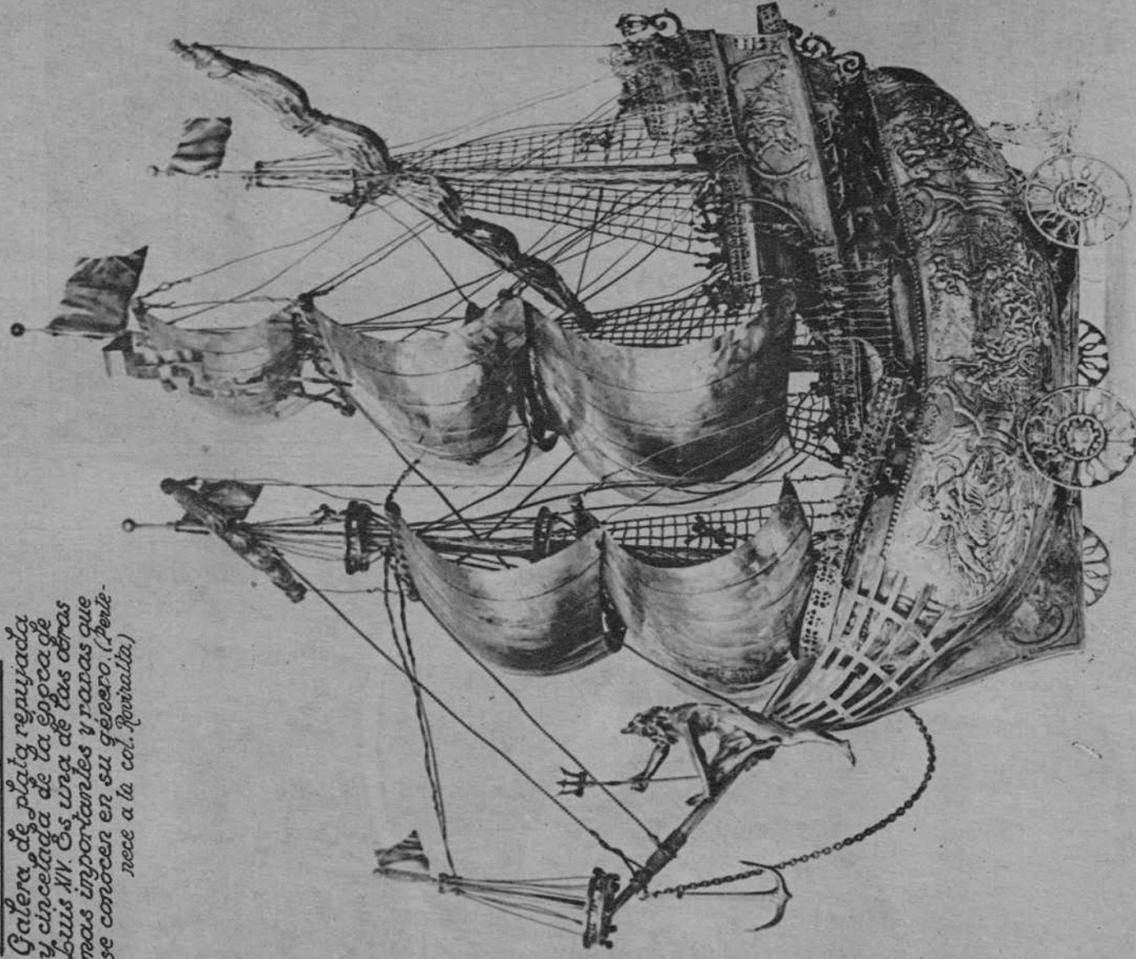
Nº 47
27 febrero
1927

PAGINAS

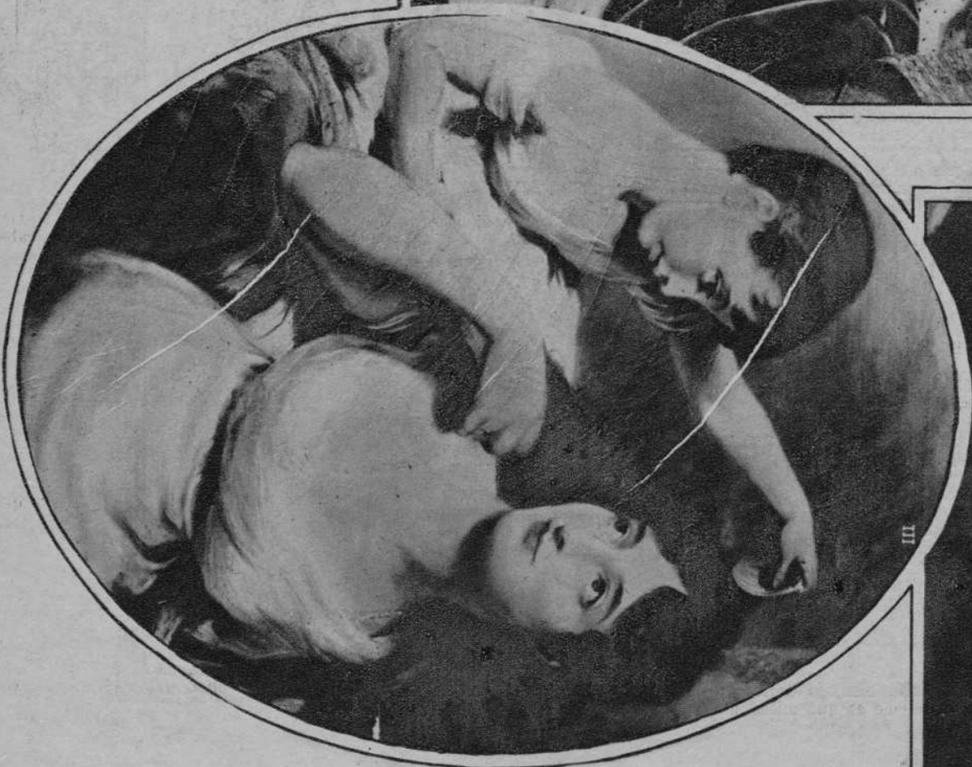
DE
El Día Gráfico.

EXTRAORDINARIAS

El arte del siglo XVIII
Galera de plomo repujada
y cincelada de la época de
Luis XIV. Es una de las obras
más importantes y raras que
se conocen en su género. (Puede
verse a la col. Renacimiento)



Los pintores ingleses han sido maestros en el difícil arte del retrato. Los tres cuadros que reproducimos debidos a tres grandes artistas del siglo XVIII pertenecieron a Lord Leverhulme. A su muerte han seguido el destino de tantas maravillas: han atravesado el Atlántico para ingresar en las colecciones yankees.

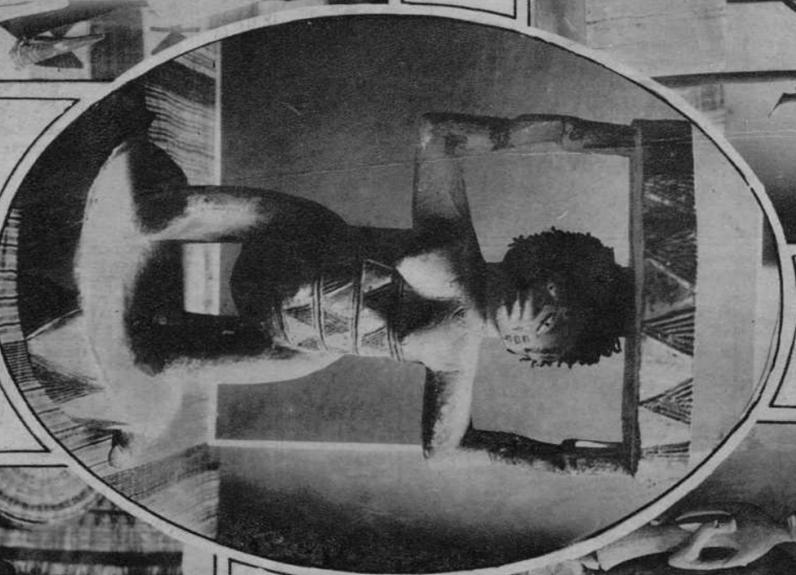


- I.-Retrato de Mistress O'Hara por John Hoppner
- II.-La Reina Carlota por Sir Joshua Reynolds
- III.-La Marquesa de Blaisel y su hijo por Sir Thomas Lawrence

Una exposición de arte negro en París. Artistas, eruditos y curiosos han acudido con vivo interés a contemplar las maravillas del arte de los salvajes de Dahomey que, por más de un aspecto, resalta por encima del arte de vanguardia.



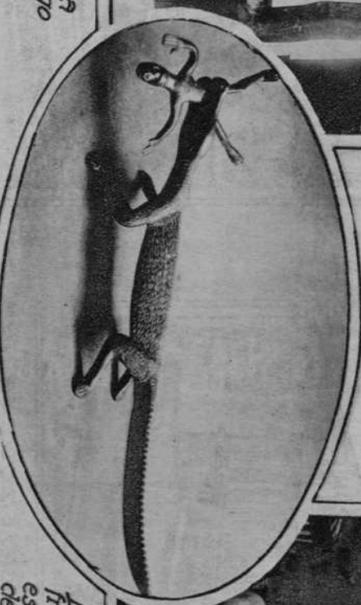
La caza del moro, objeto en cobre cincelado.



Silla de madera tallada.



Estatuilla de madera

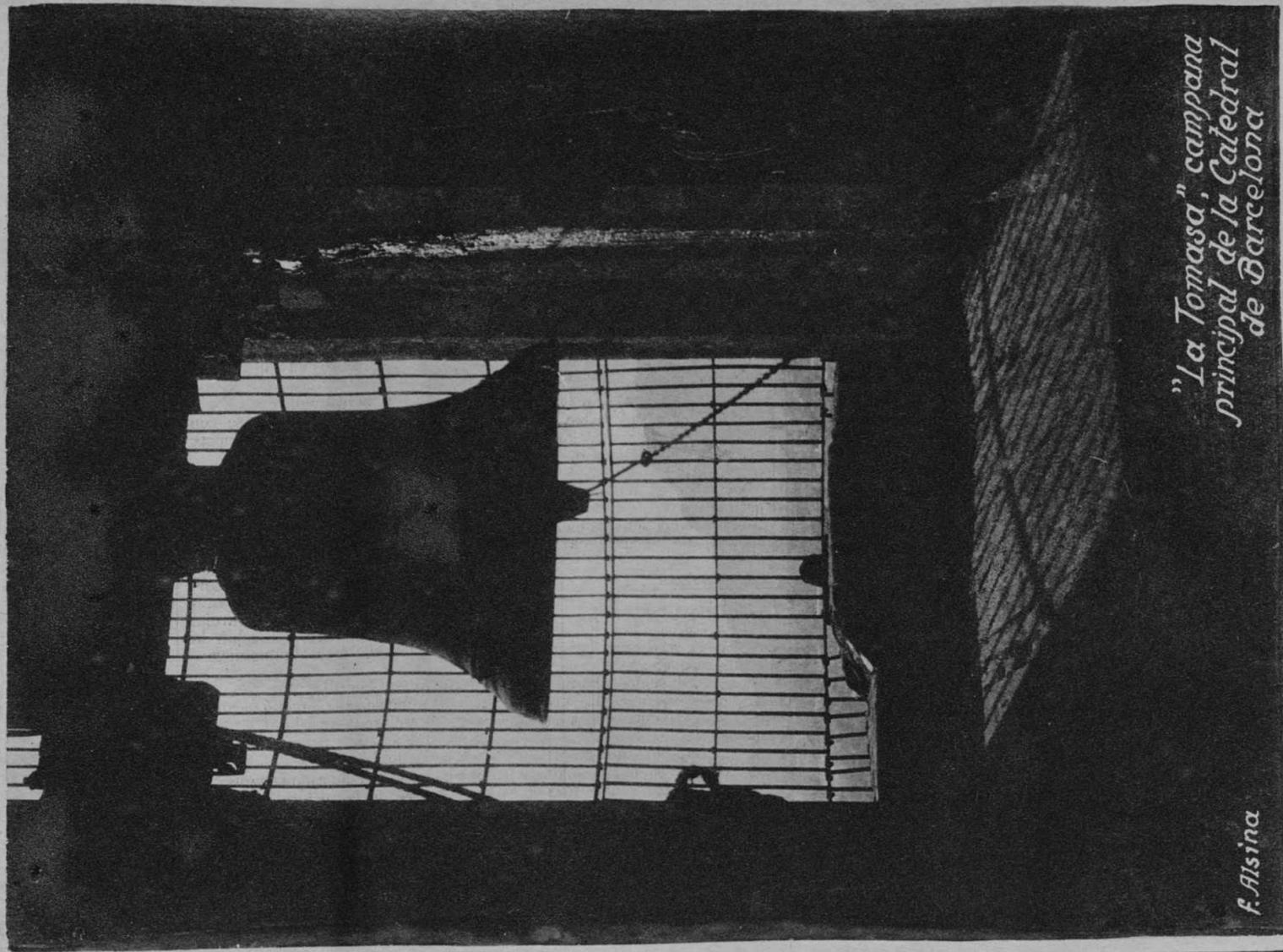


Un hombre culpable devorado por un caimán. Escultura en cobre.



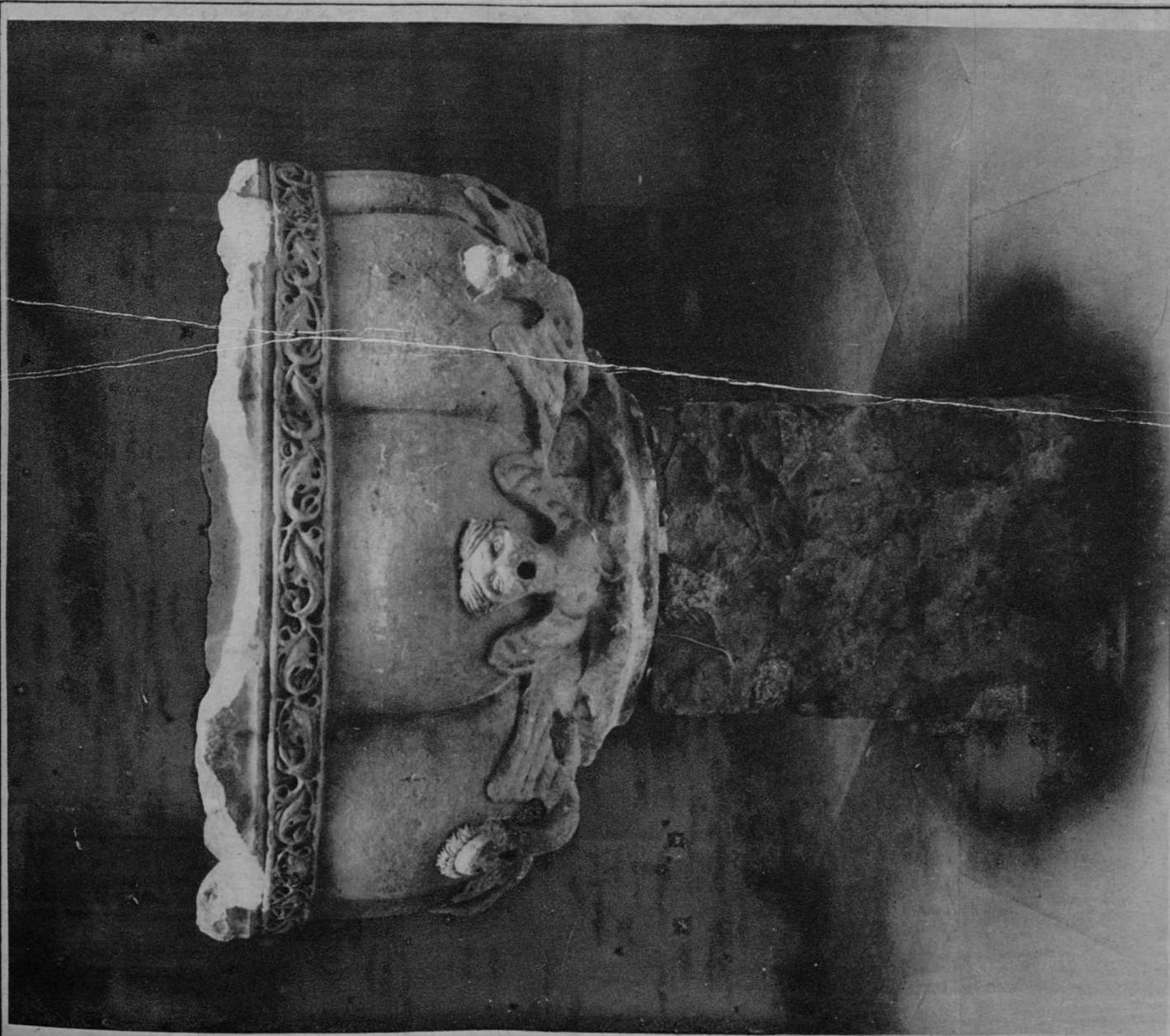
El P. D. Fuyziats, misionero francés que ha reunido estos objetos, reveladores de un arte intenso y múltiple.

Gu, dios del fuego, día el relámpago en Charango dios del trueno



"La Tomasa", campana principal de la Catedral de Barcelona

F. Alsina

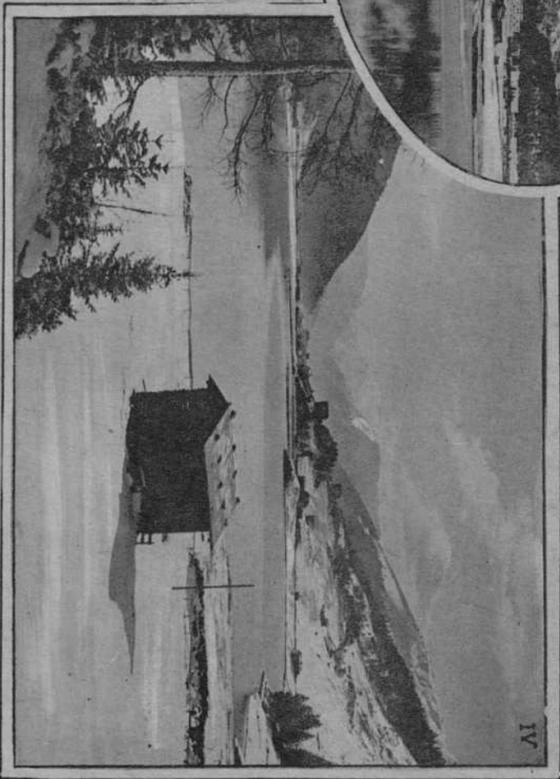
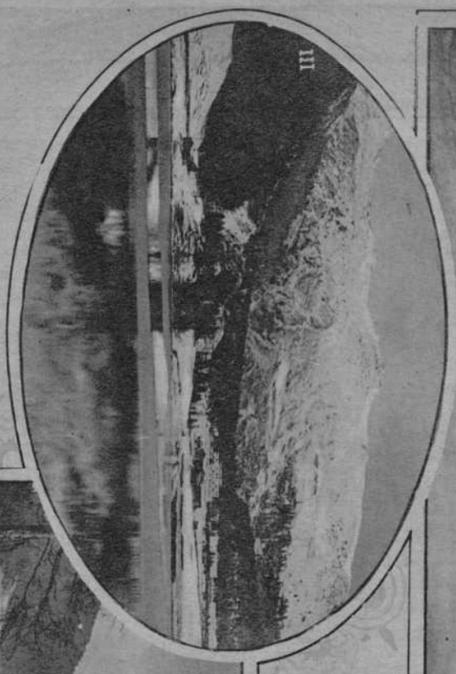


LA DISCUTIDA PILA ADQUIRIDA POR EL CIRCULO ARTISTICO.—El Círculo Artístico, dando un alto ejemplo de amor a lo que constituye su razón de ser, adquirió esta pila que, según todas las apariencias, procedía del claustro del Monasterio de Poblet. Varios especialistas sostienen que no es ésta su procedencia, y que la pila que ocupaba el centro del claustro es mayor y de un gótico más sobrio... Un tercer arqueólogo se esfuerza en conciliar todos los pareceres; la pila es Poblet, pero no es la que ocupaba el sitio principal. Debíó, probablemente, ser un gracioso remate añadido a la pila grande, cuyo paradero se ignora. (Fot. Arxiu-Mas)

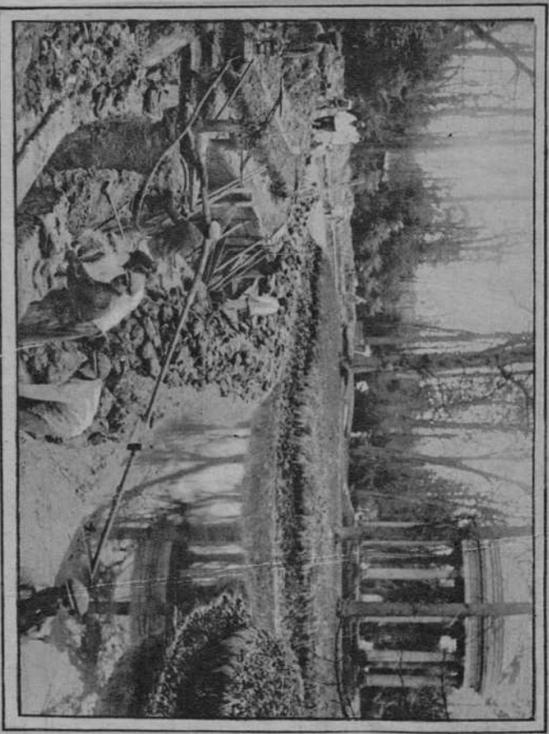
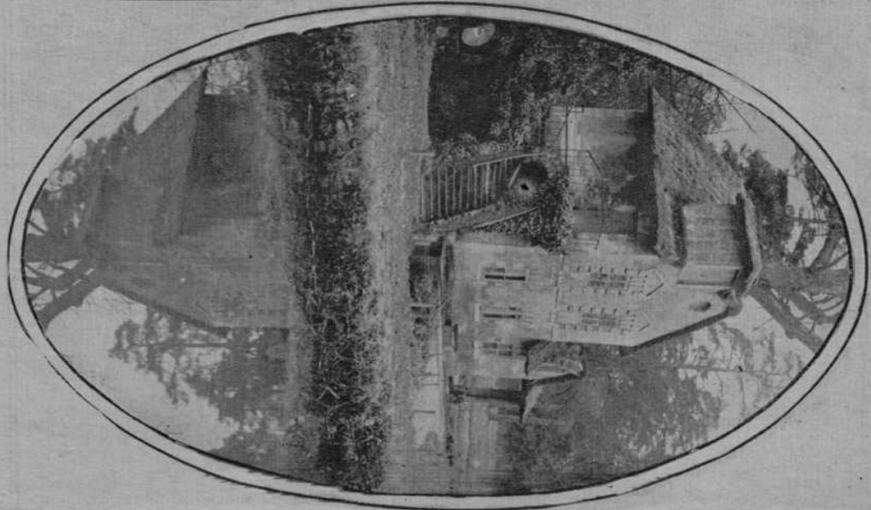
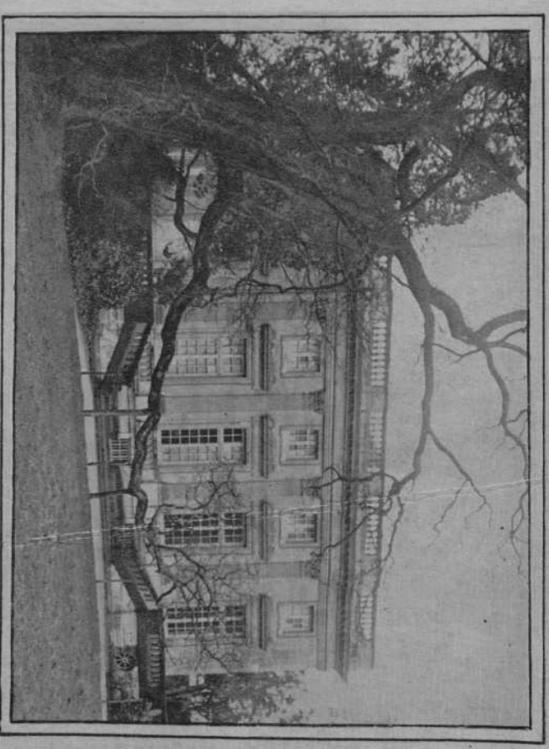
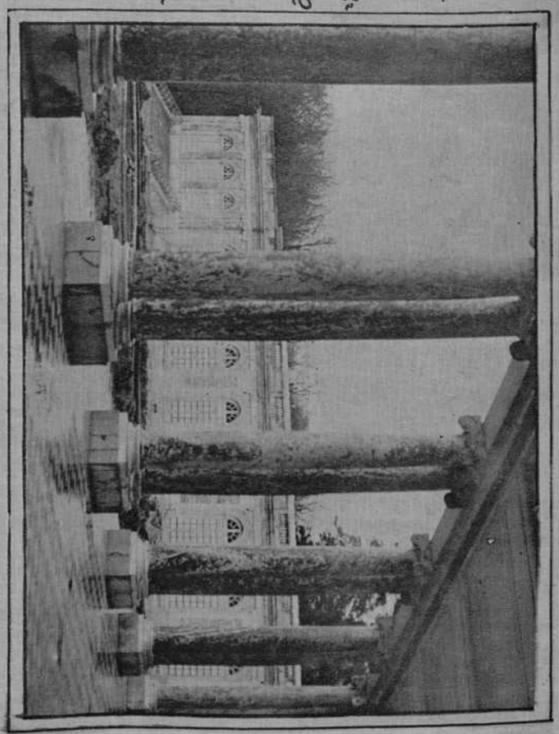
El agua en la montaña tiene un encanto innumerable e indescribible. Cuesta bien poco de imaginar que las cascadas y arroyos están poblados por las divinidades mas amables de la Jaganza



*I - Cascada en las montañas del Oberlan suizo.
II - Una cascada en el alto Pirineo
III - Un lago en la Alta Saboya
IV - Lago rodeado de nieve.*



El grande y el pequeño Griarrom-dos per las diminutas er el vasto y soberbio aderezo que es Versailles- amerranaban ruina. Gracias a la munificencia del yarrhee Rockefeller se reparan sus jardines y se consolidan sus edificios



*I - La colunrada del Gran Griarrom
II - El Pequeño Griarrom, piao en recuerdos historicos y galanias
III - El Motino.
IV - El Tempete del Unor*

La novela del domingo

Historia de un pobre huérfano o la vocación de Justino

Apólogo por M. D. BENAVIDES

Era natural que los lugareños prodigasen sus elogios a aquel joven. Se trataba de un héroe, del único héroe del pueblo.

Esto aparte, su tía, doña Nieves Lozano, merecía de sus convecinos el concepto de la señora por antonomasia. Sin duda había otras señoras. Yo no lo niego. Pero todas ellas se parecían entre sí, y doña Nieves, en cambio, no se parecía a ninguna, ni en talante ni en riqueza. Carácter y fortuna propendían en la de Lozano a lo excesivo. Contaba, además, con ser de familia de rango. Y por sus costumbres, espejo de damas honestas. Lo cual justificaba, hasta cierto punto, la ascendencia que de siempre hubo de ejercer sobre las personas que la rodeaban.

El mismo don Eugenio de Torres, su marido, con todo y haber sido un peludo y bragado general, tuvo que apenar y someterse al dominio de su mujer; y de él se cuenta que no le quedó otro recurso que fastidiarse y morir, después de catorce años de matrimonio, a consecuencia de la melancolía que le produjo el haber perdido la estimación de su esposa.

Mas dejemos a los muertos que descansen en sus tumbas, y reste aquí, como un secreto, que ella le sorprendió en coloquio con una moza de buen ver. ¿Que de qué naturaleza fue este coloquio? No debo decirlo. He conocido a doña Nieves y puedo atestiguar que era una señora, una verdadera señora, aunque extremosa acaso en sus opiniones, muy viva de genio y demasiado aferrada a sus puntos de vista.

Sírvame su recuerdo de escudo contra la curiosidad de los que en vano pretenderían obligarme a descubrir los pormenores del incidente que hizo naufragar la vida sentimental de la honorable viuda del general Torres.

Y ahora, antes de proseguir, para proceder con método, conviene que nos situemos en el día en que el sobrino de doña Nieves no tenía edad, aun cuando estuviera a punto de tenerla.

A ello me induce la siguiente consideración:

La vida de los individuos, así como la de las colectividades, desenvuélvese, desde que nacen hasta que mueren, con arreglo a un ritmo misterioso—el ritmo vital—, sobre el que influyen causas determinables sólo a posteriori. Precisamente, la tarea del novelista, al igual que la del historiador, consiste en estudiar esas causas. Y nadie me negará que la primera causa que influye en la vida de un protagonista es la de su nacimiento.

De acuerdo con la mencionada consideración, dividiremos nuestro relato en cinco épocas, que se corresponden con las cinco grandes causas que alteraron el proceso de la vida del sobrino de doña Nieves, bautizado Justino.

PRIMERA EPOCA

Nacimiento y orfandad de Justino
No había nacido aún Justino cuando se murió su padre, y apenas comenzó a vivir, su madre entregó el alma a Dios.

Doña Nieves, vecina de un lugar próximo, tuvo noticia del suceso por un telegrama, y corrió a someter al recién nacido a su tutela.

—¿Dónde está ese desgraciado?—vociferó al asomar por la casa del huérfano.—¡A ver!... ¡No hay nadie aquí!... ¡Eres una sin vergüenza!—apostrofó a la muchacha que tuvo la malaventura de presentarse a sus gritos.—¡Qué me miras!... ¡Ale, condúceme en seguida junto al huérfano!... ¡Vivo!

Estas exclamaciones, remedo de las que solía lanzar el general

Torres a su asistente, más que para intimidarle, con la intención de mantener en el ánimo de su compañera, a cuyos oídos iban a parar, la apariencia de un prestigio, pusieron en movimiento a Marcelina, la criada.

—¿Qué esperas?... ¡Yo te enseñaré a obedecer!

Mal recobrada de su sorpresa, la muchacha habíase detenido en un rellano de las escaleras.

—¿Y quién es usted para mandarme?

—¿No lo sabes?... ¡Pues te lo voy a decir!

Sonó un bofetón. Y sonó un gemido. Y luego, el siguiente comentario:

—¡Soy doña Nieves Lozano, la tía del huérfano!... ¡Vamos! ¡De prisa o te sacudo!

Tendido en una cuna, los dedos, a modo de chupón, metidos en la boca, y con los ojillos pasmados fijos en la roja pantalla de una lámpara suspendida sobre su cabeza, tal encontró doña Nieves a su sobrino.

—¡Desgraciado! Nunca le perdonaré a tu madre que no me llamase antes de morir. ¡Claro, ni se habrá acordado de mí!... ¡Qué alma!

Oprimido por los brazos de su tía, poco familiarizada con los menesteres maternos, el pequeño echóse a llorar.

—¿Por qué llora esta criatura?... No me lo expliques. Píjate, lo estoy meciendo y como si nada.

Asestó al rostro de la muchacha los espejuelos de sus impertinentes y preguntóle con voz severa:

—¿Cuántos años tienes?... Muy pocos, ya lo veo. Eres una chiquilla, y a las chiquillas os gusta ser dueños con los niños... ¡No me repiques!... El mes pasado, una amiga mía tuvo que despedir a una criada como tú, porque la maldita era tan perra que se gozaba en clavarles alfileres a sus hijos en las nalgas.

Marcela se atontolínó.

—¿No le habrás clavado tú alguno a mi sobrino?

—¡Santísimo Cristo!—gimió la muchacha.

Pero como el mamoncete no cesaba en sus berridos, doña Nieves hubo de desnudarlo para convencerse de que no le habían clavado ningún alfiler.

—Vaya, me alegro de que no seas como la criada de mi amiga—dijo, después de repasar con detenimiento el cuerpecillo de aquel tagarote chillón.—Dame las ropas, que lo vista.

Y mientras lo vestía:

—De seguro que mi hermana, en cuanto le llegó la hora, ya no tuvo otro cuidado que el de mirarse. ¡Como si eso se pudiera hacer!... Bueno, y tú, ¿por qué te callas?

Marcela estaba espantada.

—¿Tengo un nudo en la garganta!—chilló al fin.

—¡Bah! ¡Pampinas!... Prepárame un biberón. Tú te encargarás de la casa hasta que yo vuelva.

—Entonces, ¿no me echa la señora?

—¿Quién ha hablado de echarlo, estúpida? Toma estos veinte duros, y corre con los gastos... Ahora que, como llegue a saber que haces el pingo... ¡te arranco la piel!

—No haré el pingo, señora. ¡No lo haré!... ¡Ay, Jesús, qué disgusto!

Doña Nieves encaminóse hacia la puerta con el rapaz en brazos. Tenía todo el aire de una Minerva maternal y guerrera. A medio camino se detuvo. Volvióse en redondo. Y de nuevo asestó los impertinentes contra la criada.

—¡Apuesto mi salvación a que todavía no has cumplido los veinticinco!

—¡Hice los diecinueve por Reyes.

—Mi jardinero anda por los cuarenta—explicó la viuda—, y al muy bestia, desde que entró la

primavera, se le van los ojos detrás de todas las faldas... Necesito casarlo. Pero tú no me sirves. Eres una mocosa aún. Quédate con Dios.

Así fue como Justino, a poco de nacer, pasó de la misera condición de huérfano a la sustanciosa de pupilo de doña Nieves Lozano, que se lo llevó a otra casa y a otro pueblo.

SEGUNDA EPOCA

Justino se aburre.

A los dos años de haber recogido a su sobrino, doña Nieves comenzó a advertir, con indignación de Herodes, que el pequeño rompía a llorar siempre que ella intentaba besarle. Y no es que llorase como la generalidad de sus congéneres, no; su llanto era algo inaudito por lo ruidoso y sin tregua. Cabe, pues, pensar en buena lógica que a Justino le empavorecía la proximidad de aquel ocioso adinuculo que la viuda no apeaba nunca de la nariz: los impertinentes.

Con motivo de una de estas lantinas, doña Nieves incurrió en la candidez de exasperarse, y para protestar de la irreflexiva conducta del muñeco, le dijo con dureza:

—¡No eres más que un huérfano!

Palabras que produjeron en el llorón el efecto singular de acallararlo y dormirlo.

Justino no era un Lozano. Se llamaba Giménez por parte de padre, y a los ojos de su tía, el que se llamase Giménez y no Lozano de primer apellido, hacía desmerecer un poco, verdad que muy poco, tan poco que doña Nieves ni siquiera se apercebía de ello. Pero quizá fuera esa la razón que, actuando en el subconsciente de doña Nieves, impidiera a la autoritaria señora disculpar el miedo de su sobrino a los impertinentes que exornaban la agreste y roja cordillera de sus napias.

En el decurso de los primeros cinco años de su existencia, el pequeño bregó como un condenado por imponer su voluntad a las personas y a las cosas. De los cinco a los siete, sus bríos se orientaron a la buena de Dios. Y al cumplir los ocho, hubo de recurrir a todos sus arrostros para afrontar los acontecimientos que sobrevinieron.

Un día, doña Nieves ordenó a Justino que pasara a su gabinete, acosóle a miradas y gruñidos, recordóle su condición de huérfano, y después de tenerle suspenso largo rato, concluyó por decirle:

—Desde mañana comerás conmigo a la mesa.

Hasta entonces, el muchacho había comido a horas distintas que su tía y no se explicó el porqué del cambio que de manera tan súbita iba a modificar una costumbre que él estimaba merecedora de respeto. Y como no se lo explicaba, para librarse del peligro de formular una hipótesis que le arrojara en el laberinto de la duda, alargó la mano hacia la realidad, llena de certidumbre de los impertinentes, que doña Nieves, por raro caso, había abandonado en una silla. Apresuróse a salvarlos la vida. Justino respiró fuerte por la nariz y afirmóse en su deseo de apoderarse de aquel extraño ornamento. Pero de un manotazo, el pequeño chantó en el suelo y quedó sola, frente a los impertinentes, doña Nieves, pálida y erguida, pronta a nuevas violencias.

—¡Esos no son modales, caballero!—exclamó con un dedo tieso apuntando al rapaz.

Pero con tal acento circunflejo entre las cejas y una voz tan bronca, que el niño hubo de asustarse. Y como a lo largo de aquel día se le repitiera con feroz insistencia que él no era más que un huérfano, acabó por sentir hacia doña Nieves una consideración temerosa.

La palabra «huérfano» antojósele revestida de un sentido tremebundo. Melló su ánimo inmenso desconsuelo, y lo precario de su condición de hijo sin padres llevóle a concebir envidia del perro de la casa, en cuanto supo por el jardinero que no era un perro huérfano, ya que su madre, una perra pachona, vivía aún.

Sin embargo, ofrecía el mundo tantas sorpresas, que Justino halló razonable dar al traste con su amargura, y en esta actitud procuró mantenerse hasta que su tía volvió a recordarle:

—¡Eres un huérfano! ¡No lo olvides!... ¡Yo soy para ti como tu padre y tu madre juntos!

Para doña Nieves todas las conductas, incluso las más insignificantes, contenían, bien en potencia o bien en acto, la causa de algún efecto trascendental. Y de la entrevista con su pupilo sacó esta conclusión:

—¡Justino se aburre!

Y sin pararse a meditarlo, púsose a buscarle socorro a aquel mal. No tardó en dar con él. Y ya dueña del remedio, convocó a sus amigas a consulta.

Acudieron la esposa del médico, la flaca hermana del cura, la hija doncella y machucha del viejo boticario, una beata con peinado de zorongo y dos o tres cristianas más, almas benditas todas ellas.

—Os he reunido en mi casa—comenzó por decirles doña Nieves—para hablaros del pobre huérfano. Es mi sobrino, y se aburre. ¿Qué debo hacer para que no se aburra?

—Mandarle a la escuela—propuso una.

—Comprarle una corneta—indicó otra.

—¿Por qué no lo vistes de pantalón largo?—preguntó la hermana del cura.

—Todo eso viene de que el pequeño tiene lombrices—prestumió la beata.

Prosiguió la exposición de pareceres. Tras de la exposición vino el discutir. Y como se discutiera más de la cuenta y nadie aprobase el proyecto de doña Nieves, ésta hizo el resumen de lo discutido en el siguiente tono:

—En último extremo, ¿a vosotras qué os importa el que mi sobrino se aburra?

—¡Mujer!—protestaron las amigas.

—¿Qué?—replicó doña Nieves.—Vuelvo a deciroslo: carecéis de puntos de vista. Yo, en cambio, tengo los míos. Tontas nacisteis y tontas moriréis... Prohijaré a Irene, y en paz. Pensado y resuelto.

A lo que repuso la hija doncella y machucha del viejo boticario:

—Haz lo que te parezca. Pero si quieres que te diga la verdad sin regalarte los oídos, yo no lo entiendo.

—¿Es que entiendes tú de algo? Sofocóse la doncella. Y la viuda añadió:

—No os llamé para consultaros. Los consejos me sobran... He aquí de lo que se trata: mi sobrino se aburre. Es un pobre huérfano, y yo no debo consentir que se aburra. Necesita una hermana, y ya se la he buscado. Eso es todo... Y ahora, podéis tomar el portante. Me duele la cabeza de oiros.

Días después, doña Nieves presentóle una niña a Justino.

—Se llama Irene—le dijo.—Es mi ahijada y desde hoy será tu hermanita.

¿De dónde procedía aquella niña? No importe el saberlo. Quedense, pues, con su curiosidad las porteras lilalilas, las señoritas cinematográficas y los pollos deportistas y sensibleros.

La primera impresión que recibió el huérfano al ver a Irene, fué la de que él era muy superior a ella, menuda chiquilla, malamente rubia y de aspecto enfermizo. En seguida pensó que debía y podía pegarle. Sintió, luego, en las manos una comeción extraña. Y con voz mate interpeló a la intrusa:

—¿Qué te ha dicho mi tía de mí?

—Me ha dicho que eres un pobre huérfano.

—¿Y tú lo has creído?

—La madrina no miente.

—¡Pues te voy a dar marcha!

—Le auguró Justino en actitud retadora.

Y su cuerpo musculoso de zoquete agresivo lanzóse contra Irene, tirantes los brazos para una fiera agarrada. La rubita de mal color desmandóse fuera de la habitación, y al poco cogióse un pellizco de nariz en el rescoldo de la puerta.

—¡Huérfano!

Justino aceptó el desafío que latía en aquel grito. Y siempre corriendo, ella delante y él detrás,

salieron de la casa al jardín y del jardín pasaron a la huerta. Una acequia cortóles de pronto el camino. Muda y espantada, la niña, pensando de miedo, retrocedió y cayó. Unos dedos ganchudos, descendidos de lo alto, asiéronla de los cabellos. Y un momento, el zoquete valentón, bárbaro y primitivo, dudó si darle un puntapié a la cabeza que sobrenadaba en las aguas verdosas de limo y de hociecos de ranas.

—¿Volverás a llamarme huérfano?

Tirábale de los pelos, atrayéndola hacia sí, apretados los dientes y un fulgor de rabia en los ojos.

—¿Volverás a llamarme huérfano?

Sonaron voces en el jardín. Voces que atronaron la casa y se esparcieron por la calle. Hubo tumulto de gentes. Docenas de marinos, ganosas de buenas obras, sacaron del agua a los niños. Y con los brazos abiertos, que se ciñeron al cuerpo del rapaz, apareció doña Nieves, gritadora y dramática.

—¡La salvó!... ¡Miradlo! ¡Es un héroe!

Y como el pueblo nunca había tenido un héroe y doña Nieves era la persona más rica del pueblo, nadie puso en duda la condición heroica de Justino. La verdad permaneció oculta. Porque los niños, acariciados por aquel suceso famoso e inesperado, se la callaron. Mejor dicho, no les permitieron que la revelasen.

—¿Cuántos cómo sucedieron las cosas—pidió doña Nieves a su ahijada.

—Cuajados todavía los ojos por el terror, Irene balbuceó con hipo:

—Pues fué que éste me quiso pegar...

—¡Cállate, estúpida!—interrumpióla la madrina.

Y de aquí no pasó el relato.

Trasmitida la noticia a los diarios, aireada de hipérboles y encendida de adverbios frenéticos, Justino encontróse, de un domingo a otro domingo, convertido en héroe de Real Orden y agraciado con la cruz reservada para los salvadores de naufragos. Liáronse con esto las cosas. Ardió el entusiasmo. Organizóse una fiesta con discursos y tal. Y entre aplausos, cohetes, ladrillos de canes asustados y música de charanga, Irene prendió la cruz de marras en la blusa marinera del niño.

Como remate de tan cándida orgía, celebróse un banquete, en el que don Dámaso, el párroco, quiso hablar. Y, claro, habló con comedimiento de Dios y de los santos. Y ya lanzado a la mar y morena de la oratoria, hizo parangones y puso ejemplos. Y complacido de su verba, el cura terminó con estas desventuradas palabras:

—¡Hélo ahí!... ¡El es el héroe! ¡Nuestro héroe!... ¡No lo teníamos, y ya lo tenemos!... ¡Hélo ahí! Mozo limpio de barba y ya está lleno de espíritu de sacrificio... Os lo aseguro. Yo lo sé. Más de una vez mis ojos vertieron lágrimas de emoción y de ternura viendo a ese muchacho compartir su merienda con los pobres y darles sus ahorros... ¡Hélo ahí! ¡Hosanna al héroe!

Y todo exclamaron:

—¡Hosanna!

Y doña Nieves abrazó a la víctima de aquel homenaje:

—¡Hijo mío!

Y el pobre huérfano, sin tomar siquiera un respiro, hubo de pasar del papel pasivo de héroe a la práctica activa de la virtud. Y empezó a compartir su merienda con los pobres y a darles sus ahorros.

Esto duró seis años bien contados.

TERCERA EPOCA

La vocación de Justino

Doña Nieves sentía la doble vanidad de su origen y de su fortuna: era una Lozano y la accionista más importante de la sucursal del Banco de España en la provincia.

De una religiosidad sincera, tuteaba a Dios, y, además, tuteaba al cura. Por su carácter enérgico y su voluntad de dominio, no reconocía ni respetaba nada de lo que

tampoco reconoció ni respetó aquel gran sinvergüenza que se llamó don Juan. Y así hubo de someter a su albedrío al peludo y bragado general Torres y a sus amistades; y como sus decisiones eran órdenes para los vecinos, el pueblo, del que vino a ser pitonisa y regidora, acabó por obedecer a su mandato.

Orgullosa del pobre huérfano, cuando éste se hizo mozo comenzó a preocuparse del destino que le aguardaba.

¿Qué sería del héroe?

El virtuoso muchacho mantenía su activa condición de héroe en ejercicio de la peor gana. ¡Qué esfuerzos los suyos para acallar los impulsos de su naturaleza rebelde y resistir la mirada aguda de su tía, que le observaba sin saber lo que haría de él!

Pero los caminos de la Providencia son infinitos, y por uno de ellos llegó la luz que debía aclarar las confusas aspiraciones de doña Nieves.

Una tarde, en que tía y sobrino pasaban por los alrededores del pueblo, toparon con una viejucha que marchaba renqueando bajo el peso de un haz de leña. La abuela, descaecida y temblorosa, vacilaba a cada paso, como si fuera a derribarse. Un tropezón aquí.

Corrió Justino a levantarla. Y la vieja saludóle con decir agradecido:

—Bendito sea el Señor, que da la vida a criaturas tan cumplidas y bondadosas!

Al rumor de las voces acudieron las vecinas más despabiladas. Asomaron a las puertas algunas cabezas sin peinar. Y Justino sufrió el castigo de la fisga ajena.

—¡Cumple con tu obligación! —ordenóle doña Nieves.

Y adivinando lo que se esperaba de él, Justino echóse el haz a cuestas y dijo a la viejecita:

—Vaya usted delante, que yo la seguiré cargado con la leña.

Y acompañó a la abuela cargado con su carga, mucho más pesada de lo que podía suponer, ya que su conducta, a partir de tal instante, le obligaba a empresas mayores.

Aquella noche un coro de amigas sollozó de gozo en la casa de la viuda, cantando loas en honor de Justino.

—¡Tiene pasta de santo!

—¡Nunca se vió en el pueblo tanta virtud en años tan mozos!

—¡Sangre de matamoros lleva en las venas!

Doña Nieves las interrumpió en seco:

—¡Sois tontas! ¡Mi sobrino será obispo!

Se le había ocurrido de pronto. Una verdadera revelación, como dijo ella.

—Pero antes de que sea obispo, tendrá que hacerse cura—hubo quien observó.

—¡Lo haré cura!

Y sin detenerse a más pensarlo, llamó a su sobrino y le comunicó su decisión.

—Eres un huérfano. Yo soy para ti como tu padre y tu madre juntos... Quiero que seas obispo... Pero primero tienes que hacerte cura. Mañana hablaré con don Dámaso.

Justino guardó silencio. Siempre hacía lo mismo ante la voluntad expresa de su señora tía.

—¿Qué te parece?—preguntóle doña Nieves.

—No me parece nada.

—¡Pues eres tonto!

—¡Por Dios, Nieves!—lamentóse el coro de amigas.

La viuda las hizo callar.

—Ya os lo he dicho muchas veces y vuelvo a repetiroslo: ¡Vosotras también sois tontas!

Y dirigiéndose a su sobrino:

—Y tú, largo, hemos hablado bastante.

El pobre huérfano abandonó la sala y encaminóse al jardín. A espaldas de la casa, en el centro de un círculo formado por unos matorrales de hortensias, crecía un copudo cedro. Justino paróse a observarlo; sus miradas subieron y bajaron por el tronco y saltaron de rama en rama con agilidad de pájaros. Y súbito, todo él encaramóse árbol arriba.

Una luz encendióse al poco y erró en el vacío, como la proyección de un faro que esclareciese una ruta peligrosa. Era la luz de las habitaciones de Irene, situadas allí, muy cerca, en el último piso de la casa.

grato suceso de la acequia, con su bochornoso recuerdo, los dos conocían el obstáculo que los separaba, que los hacía extraños y casi enemigos. Sabíanse hostiles, y, por lo bajo, ella seguía llamándole huérfano.

Trocado por los años en un zagalón membrudo, el héroe conservaba en su rostro cierta claridad infantil, acentuada por el color azul de los ojos y el rosa tierno, sin sombra de barba, de las mejillas. Era un fornido y lindo mozo, y no faltaron jovencitas que, al conocer la noticia de su consagración al sacerdocio, se apenasen de su porvenir celibatario.

Por supuesto, Irene no contaba entre ellas. Y aun cuando es verdad que no hubiera sabido decir lo que pensaba, cierto también que, desde que el huérfano comenzó a hacer oficios de estudiante de cura, encendióse un violento rencor contra él.

Un poco chata y un tanto bisoja, la ahijada de doña Nieves impresionaba a los hombres como si careciese de estos defectos. Tenía la piel fina y suave y un rostro tan expresivo, que daba gusto.

Una noche, estando vuelta de espaldas, Justino detúvose a gozar de su presencia con una mirada abarcadora de detalles, insistente y tenaz. La cabellera rubia de la muchacha, de un rubio ahora preciso y soleado, le fascinaba y producía una especie de vértigo. Sin proponérselo, dió alientos al recuerdo del día en que la persiguió hasta lanzarla a la acequia, y con un ansia sencilla y ruda, atacado del frenético deseo de arrastrarla cogida de los pelos, cerró los puños y dió un paso en su dirección.

En aquel momento Irene echóse las manos a la cabeza y volviése a mirarle con angustia. Justino, entonces, paróse como aturrido y dirigió la vista al suelo.

CUARTA EPOCA

Las tribulaciones de don Dámaso

Hombre poco apañado, pero bondadoso y hasta inteligente, don Dámaso tomó sobre sí la tarea de iniciar al héroe en el conocimiento del latín.

A lo que parecía, Justino mostraba buenas disposiciones para calarse la mitra y empuñar el báculo, y ya puesto a ello, andaba gacha la cabeza y con las manos a la altura del pecho, como los seminaristas que un día viera en la capital.

Esto último no lo aprobaba doña Nieves.

—Alza la frente. ¡Mírame!... Cuando yo te hable, no bajes la cabeza. ¿Por qué has de bajarla? Yo soy para ti como tu padre y tu madre juntos. ¿Bajarías la cabeza delante de ellos?

Pasó un año y el aprendiz de obispo aprobó el primer curso de latín. Suceso que celebró doña Nieves invitando a comer a sus amigas y al cura.

Durante la fiesta, Irene, animada de una alegría ruidosa, se condujo como una personilla zaragatera, turbulenta y charlatana, mientras el huérfano, mudo y hosco, sólo despegabá los labios para contestar a su bizzarra tutora.

Inesperadamente ocurrió algo singular. Irene echó atrás el busto, desorbitó los ojos y arrancóse de la garganta un grito largo, de punta y doble filo, que horadó la blanda masa de rumores que llenaba el comedor.

Pusiéronse todos en pie. Todos menos el estudiante, que permaneció en su asiento, con los ojos cerrados y las mandíbulas encajadas y convulsas.

—¡Dios mío!—exclamó la viuda. Un nuevo grito atribuló a los comensales. Un grito más largo, afilado y puntiagudo que el que le precedió.

Don Dámaso miró a su alumno, inclinóse debajo de la mesa con esa intuición que otorga la experiencia del confesionario y apenas si tuvo tiempo de ver un revuelo de zapatos en pelea y el temblor lamentable de un pie menudo, aplastado en el suelo.

Cesaron los gritos. Irene rompió a llorar. Y llovieron las preguntas.

—No ha sido nada—dijo la muchacha.—Ya me pasó.

Pero no explicó lo que le había pasado.

Inquieto y sorprendido, don Dámaso comenzó a parar atención en todas las menudencias del carácter del héroe. Y observó que éste, siempre que salía de paseo, pro-

vefase de una vara, con la que descargaba golpes sobre las cosas tiermas que encontraba de camino; decapitaba las flores, segaba la hierba y tundía a varazos, partiéndolos por mitad, grillos y lagartijas. Observó también que Justino respiraba con una especie de furia y hacía las cabriolas más disparatadas. A veces, entre salto y salto, quedábase como absorto. Pero todos estos impulsos menguaban al regresar al pueblo. Su continente, entonces, volvía a ser el de costumbre, manso como un cordero y humilde como un can.

—Y no es hipócrita—pensaba don Dámaso.—¿Qué le pasará?

Después de meditarlo mucho, el párroco determinó entrevistarse con doña Nieves.

—¿Qué te trae por mi casa, cura?—preguntóle la señora.

—El deseo de saludarla a usted.

—No te creo. Algo más será.

—¿Ha consultado usted a su sobrino acerca de su vocación?—dijo de pronto don Dámaso, echando por el atajo.

Doña Nieves afianzóse los impertinentes.

—¿No te encuentras bien, cura?

—¡Justino no sirve para sacerdotel!

—Lo sabía.

—¿Lo sabía?

—¡Sí, lo sabía!

—En ese caso...

—En ese caso, cura, curángano... ¡lo haremos obispo!

—Ayer, Justino—añadió el clérigo con desconcierto—creyendo que nadie le veía, tiró una piedra a un perro.

—¿Y el perro qué hizo?

—Señora... el perro huyó.

—Eso es lo que hacen todos los perros. Eres un tonto, cura. Mañana continuarás dándole clase a mi sobrino... Pero, espérate. Voy a llamarle.

No hubo necesidad de que lo llamasen. Una extraña comitiva acababa de detenerse a la entrada de la sala donde se hallaban la viuda y don Dámaso. A la cabeza de la comitiva figuraban el jardinero y su hijo, trayendo en brazos a Justino, con el rostro magullado y cubierto de sangre.

—Se ha caído del cedro—habló el jardinero.

—Todas las noches sube al cedro—aclaró el hijo del jardinero.

—¿Y para qué se sube al cedro?—inquirió doña Nieves.

—¡Cualquiera lo sabe!—contestó el jardinero.

Y el hijo del jardinero comentó:

—Es por lo que le da.

La arriscada señora miró al sacerdote.

—¿Lo ves, cura?

Pregunta inexplicable. Pregunta de mujer. Pregunta que confundió a don Dámaso y le sacó de quicio.

Las heridas de Justino carecían de importancia. Vino el médico, lavóle la cara, le achicó un chichón y con un par de tafetanes lo dejó listo.

—¿Por qué te subiste al cedro?—preguntó la tía al sobrino.

El huérfano encogióse de hombros. Y doña Nieves, triunfante, sin saber porqué, dirigióse de nuevo al ministril del Espíritu Santo.

—¿Lo ves, cura? ¿Lo ves?

—¡Ya no sé lo que veo, señora—replicó don Dámaso.—Buenas noches.

Y se marchó.

La caída del héroe de la copa de un árbol conmovió al pueblo.

¿Por qué se subía Justino a un árbol?

Nadie lo sabía, y lo misterioso del hecho contribuyó a aumentar el prestigio del desconcertante estilista.

Incluso doña Nieves, que al principio tuvo sus dudas, concluyó por aceptar que un sentido oculto inspiraba los actos del huérfano, y con ánimo de evitarle nuevos batacazos, dió ordenes para que se colocase una escalera al pie del cedro.

Horas más tarde, cuando la luz se hizo en las habitaciones de Irene, Justino, que había vuelto a encaramarse, vió cómo la figura de la joven se destacaba en el marco de una ventana y quedaba allí, recogida en las sombras y atenta a todas las peripecias. Y esto se repitió en noches sucesivas.

Y ninguno de los dos llegó nunca a presumir que, acordé con ellos, doña Nieves, asomada a una ventana que daba al jardín, fijos los ojos en el árbol y ajena a la presencia de Irene en el piso de encima, suspiraba profundamente:

—¿Quién sabe?... En mi familia bien pudiera suceder que se diera un santo.

QUINTA EPOCA

El destino del héroe

Seguro de que no había manera de convencer a doña Nieves, don Dámaso resignóse a que fuera el mismo muchacho quien encontrase su camino.

A nuevos días, nuevas fuerzas se manifestaban en el huérfano. Todos sus ademanes mal ocultaban una cierta violencia interior, y con frecuencia caía en largos ensimismamientos, silencios del gesto y coloquios íntimos.

—¿Qué escribes?—preguntóle un día en clase el sacerdote, cerca ya la fecha de los exámenes.

Inclinóse sobre su alumno y leyó:

—Quam Lentulum...

Don Dámaso entusiasmóse con la anécdota que Cornelio Nepote refiere de Cicerón.

—¡Oh, era un hombre excepcional! Tan mordaz como elocuente. El odio de Marco Antonio hizo perder al Imperio romano uno de sus hombres más ilustres.

Callóse con repentina perplejidad. Una fina sonrisa extendióse por el rostro. Persistió en su mudez. Miraba a Justino y sonreía. No había más. Pero al concluir la clase, despidió a su alumno diciéndole:

—Adiós, Lentulo.

Y viéndole salir, añadió, acabando de recitar la anécdota:

—¿Quién, dijo, a mi yerno a una espada ató?

Y en cuanto Justino traspuso los umbrales de la rectoral, echóse a reír suavemente, suavemente, muy por lo bajo y bailándole los ojillos de gusto, como si se complaciera en su inopinado regocijo.

El muchacho solía subrayar con lápiz las palabras de la traducción latina que luego debía consultar en el diccionario. Para este trabajo servíase de lápices de distintos colores, tantos como partes se contienen en la oración. Y no sabemos cómo se las arregló; el hecho es que aquel día todos los lápices se quedaron sin punta.

Por la noche don Dámaso fuése a comentarlo con doña Nieves.

—¿Qué piensa usted de eso?

La viuda cogió de una mesa próxima un libro que le leía su sobrino después de comer y mostróle al sacerdote las señales que, al finalizar cada lectura, hacía el huérfano con la uña. Eran profundas y algunas páginas aparecían cortadas.

—Pienso lo mismo que de su costumbre de subirse al cedro—dijo Justino no es como los demás.

—¿Y qué hace subido al árbol?

—Mis amigas suponen que se entrega a la oración... ¿Quieres observarle tú mismo?

—Lo mejor sería—repuso el cura—que usted lo retuviera esta noche. Porque prefiero imitarle a observarle.

—¿Vas a subir tú al árbol?

—Sí, señora.

—¡Pero eso equivale a profanar un misterio!

El sacerdote contuvo una respuesta desabrida e hizo su voluntad. Subióse al cedro y vió la luz de las habitaciones de Irene y a Irene en la ventana. Y no quiso ver más. ¿Para qué?

Bajóse del árbol, y a las preguntas de doña Nieves contestó tan fresco:

—No lo comprendo, señora... Digo lo que usted: Justino no es como los demás.

Pero para sus adentros pensaba: —El mozo ha encontrado su camino... ¡Has hecho bien, querido Lentulo!

A los pocos días, con motivo de los exámenes, don Dámaso y su alumno emprendieron viaje hacia la capital. Cuatro horas de golpearse los huesos contra las paredes de un coche y a las once de la mañana el tren los soltó en la estación, como gotas del chorrito de humanidad fatigada que debía escurrir allí.

Los ojos de los dos viajeros, turbios por su carrera a través del paisaje, tuvieron que dar un punto de reposo a las pupilas bajo los párpados. Luego, ya serenos y seguros, girando tranquilos en las órbitas, todavía encendidas de su rápido roce con los campos, las montañas y el mar, se orientaron hacia la salida de la estación.

A don Dámaso le resultó penoso seguir los pasos de Justino. El buen mozo avanzaba con actitud gallarda y hendía la masa dura de

los viajeros embarazados por los equipajes como un espolón, tal un gallo presto a la pelea.

Las calles estaban llenas de ruidos. El estudiante bañóse en ellos y sonrió de una manera extraña.

Desde que había dejado el pueblo, Justino acusaba una excitación de ritmo cada vez más acelerado. Hablaba por cuenta propia, como un hombrecito, y en sus palabras latía el imperio de una voluntad que no admitía réplica.

Tropezaron con una manifestación tumultuosa, que les interceptó el camino.

—¿Qué te parece si tomásemos un «taxi»?—propuso el cura.

El huérfano plantóse en medio de la avenida por donde venían los manifestantes con aureola de banderas rojas y gritos rotundos.

De pronto, de unos portales inmediatos surgió un grupo batallador de sustentadores del orden. Armóse un batiburrillo de ellos y la multitud arrolló con ímpetu a los guerreros defensores—con pistola al cinto—del principio de autoridad.

—¡Huyamos de aquí!—imploró el clérigo.

Pero su alumno no se movió. Con los ojos saltones presenciaba la lucha. Respiraba premiosamente y sus manos trezaban los dedos en un afán de violencias. Al fin sacudió su inmovilidad, arrancó un leño de una valla y arrojóse entre los que daban y recibían, dando y recibiendo a su turno. Don Dámaso lo vió moverse como un diablo loco repartiendo estacazos. Desbordáronse las primeras filas de la manifestación ante aquel empuje, retrocedieron las que les precedían y en la conciencia de la muchadumbre prendió la incomprendible chispa del miedo, mientras Justino, en alto el leño, continuaba repartiendo golpes.

Uno de los policías acercósele solícito.

—Permítame que le felicite. ¿A qué brigada pertenece usted?

El héroe contempló al policía con estupor.

—A ninguna—dijo.

—Un aficionado—contestó Justino.

Y se unió a don Dámaso, que hubo de conducirle del brazo a cualquier fonda y acostarle al llegar, pues al muchacho habíasele declarado un poco de fiebre.

A media tarde la temperatura remitió, y la mirada de Justino recobró su claridad y limpieza.

—¿Por qué apaleaste a aquellos hombres?—preguntóle don Dámaso.

Justino incorporóse en la cama y cogióse la cabeza entre las manos.

—Si no ilego a dar esos palcos, no sé qué atrocidad hubiera hecho. Callaron. Y el sacerdote añadió, tras una pausa:

—Mañana nos volveremos al pueblo y le dices a tu tía que no quieres ser cura.

—¡No se lo diré!

—Bien, no se lo dirás. Y yo te guardaré el secreto.

El viaje de regreso fué monótono. Pocos viajeros nada charlatanes. Corría el tren y corrían los campos.

El cura y su alumno llegaron y mintieron. Doña Nieves creyó su mentira y celebróse otra fiesta.

En la fiesta, nada.

Irene, esta vez, no gritó.

Justino parecía no darse cuenta de que ella existía.

Vino la noche. Marcháronse las amigas y el cura. Y apagáronse las luces.

Unos pasos deslizaronse hasta el último piso. Llamaron a una puerta. Y la puerta se abrió.

—¡Ah! ¡tú?

Era Irene quien hacía la pregunta. Y la pregunta sonó como una pregunta preparada, pensada, rumiada hasta perder casi el sentido.

Hallábanse solos. El uno cerca del otro. La primera vez que esto sucedía desde la mañana en que él la persiguió y la hizo caer en la acequia.

—Sí, soy yo—dijo Justino.—A las siete sale un tren.

Irene se puso a temblar.

—Te llevaré conmigo—concluyó el huérfano.

La muchacha ahogó un grito.

—¿De veras?

Y se abrazó a su héroe con abrazo fuerte, apresador, que reclamaba y retenía, como si todos sus años hubieran sido una dolorosa espera de aquel momento.

Y aquella noche, con gran asombro de doña Nieves, su sobrino no se subió al cedro.